

á todos los hombres llegar. Peca también por algunos pasajes demasiado difusos, particularmente en los últimos libros. Pero los que aman la virtud y son al mismo tiempo apasionados á lo bello antiguo, no deben nunca dormirse sin haber leído el libro segundo del *Telemaco*. Considerable fue la influencia de esta obra de Fenelon: en ella se encierran todos los principios del día: toda la obra respira libertad, y puede decirse que hasta pronostica la revolución. Téngase presente la época en que se publicó, y se comprenderá que fue uno de los primeros escritos que contribuyeron á cambiar el curso de las ideas nacionales en Francia. (a)

«Todo está bien al salir de manos del Autor de las cosas, todo degenera entre las manos del hombre.» Así es como principia el *Emilio*, y esa sola frase explica todo el sentido de la obra. Juan Jacobo, así como Platon, se apodera del hombre desde que viene al mundo, y lo encomienda al seno materno. Quiere que así que el párvulo abre sus ojos, empiece á estar sometido á la necesidad, única ley de la vida; si llora, no se trata de apaciguarlo; si pide un objeto, se le da. La alabanza, la reprensión, el miedo y el valor son los resortes del alma, de la cual ignora hasta el nombre. No se habla de Dios al discípulo de Juan Jacobo, porque para comprenderlo se necesita que la razón esté en todo su vigor. Emilio no sabe leer ni escribir; pero comprende su debilidad, y todos los días en medio de sus diversiones se promueve á propósito algún incidente que le haga desear instruirse en las matemáticas, en la literatura y en los demás ramos del saber. El mismo método se sigue por lo tocante á las ideas morales y civiles. Se ha procurado no enseñarle lo que se llama justicia ó propiedad, pero se le ha proporcionado ocasión de que por medio de un jugador de manos, un jardinero ó cualquiera otro objeto análogo se haya ido desarrollando gradualmente en su imaginación el sistema de las cosas relativas.

Emilio no acertaría á permanecer en un sitio en que se fastidia, ni á velar cuando quiere dormir. Si tiene hambre, come; si no puede satisfacer sus necesidades ó sus deseos, no murmura. ¿No sabe ya lo que es la necesidad?

Es valeroso, pero no porque sea preciso serlo, sino porque no conoce el peligro. Ignora lo que es la muerte. Ha visto morir, y le ha parecido ser una cosa buena porque es natural, y sobre todo porque es una necesidad.

Sin embargo, Emilio ha aprendido á hacer una pregunta. Cuando le mandan hacer alguna cosa, cuyos resultados son desconocidos para él, trata de informarse. ¿Qué conseguirá con aquello? Muchas veces no se le contesta, y el niño por casualidad encuentra en sí mismo, mas ó menos tarde, la solución de lo que deseaba saber.

Mas ya va entrando en la edad de las pasiones, empieza á sentirse el rugido de la tempestad. El discípulo de Juan Jacobo ha aprendido jugando, no solo los principios de las ciencias abstractas, sino hasta los de las artes mecánicas, como por ejemplo los de la carpintería, pues aunque Emilio sea rico, no quiere verse expuesto á las revoluciones de los Estados. Estais confiados, dice Juan Jacobo, en el orden actual de la sociedad, sin tener presente que ese orden está sujeto á revoluciones inevitables, y que no podeis ni prever ni evitar los resultados de la parte que de ese trastorno social puede caber á vuestros hijos. El poderoso se hace pequeño, el rico miserable, el monarca se convierte tal vez en vasallo. ¿Tan poco frecuentes son los cambios de fortuna, que os podais imaginar estar libres de ellos? Nos vamos acercando al estado de cri-

(a) En vista de estas páginas me parece que ya habia aprendido á escribir.

sis y al siglo de las revoluciones. Juzgo como imposible que las grandes monarquías de Europa puedan durar mucho tiempo; todas han tenido ya su época de esplendor, y todo Estado que brilla, está próximo á la época de su decadencia. Otras razones mas especiales aun que esta máxima me hacen opinar de este modo; mas no es este lugar á propósito para decir las, ni creo que haya nadie que deje de verlas con demasiada claridad (b) (1).

(b) Nada tengo que retractar acerca de los elogios que en este pasaje doy á Rousseau tanto en el *texto*, como en la *nota*. Por lo tocante á mi juicio general de sus obras puede el lector atenerse á lo que he dicho en otra nota anterior. (N. ED.)

(1) Tom. xi, pág. 83, edic. de Londres, 1781. Ese es el famoso pasaje del *Emilio* en el cual ocurren varias cosas dignas de observación. La primera es la claridad con que Juan Jacobo anunció la revolución. La segunda es relativa á la célebre idea de hacer aprender un oficio á los niños. ¿Cuanto se burlaron de ella al publicarse el *Emilio*! ¿Cómo ridiculizaron al autor! excuso preguntar si ahora nos parecería tan descabellada esa máxima. Hay muchos caballeros franceses en este momento que se considerarían como muy dichosos de saber el oficio de Emilio. Si pudieran ejercerlo recibirían diariamente su medio duro, ó seis reales, y serían ciudadanos útiles del país á donde les hubiera arrojado la suerte.

La tercera observación es todavía mas importante y depende de la misma naturaleza del pasaje. Es evidente que J. J. no solo previó la revolución, sino hasta los horrores que la acompañarían. Manifiesta que Emilio tiene el designio de emigrar. ¿Cómo el republicano J. J. habria podido tener tal pensamiento sino hubiese entrevisto qué clase de gente era la que habia de hacer la revolución, y si en vista de las costumbres del pueblo no hubiese comprendido que no era realizable una revolución basada en los generosos principios de la virtud? Sin duda que el sensible filósofo en cuyo concepto la revolución que costaba la vida de un solo hombre no debía llamarse buena, no habria celebrado la revolución francesa. He presenciado una discusión muy interesante sobre Voltaire y Rousseau en una reunión de literatos que los habian conocido, y los reputaban por otra parte como decididos partidarios de la revolución. Examinábase cuál habria sido probablemente la conducta del poeta y del filósofo en el caso de haber vivido hasta el desarrollo de la revolución. Todos los concurrentes opinaron que Voltaire y Rousseau hubieran sido aristócratas. El primero nunca hubiera podido olvidar su condición de gentil-hombre del rey, ni perdonar el apoteosis de J. J. y este por su parte lleno de horror por la sangre derramada habria sido por esta razón uno de los mas decididos anti-revolucionarios. Esta observación es muy exacta y pinta fielmente el carácter de aquellos dos hombres. Mas ¿cuál no seria la fuerza de talento de Rousseau para predecir la revolución y sus crímenes? y ¡qué increíble circunstancia contribuyó á que sus escritos aceleraran su fatal desarrollo!

Es de presumir que Rousseau llegó á prever otras muchas catástrofes. Me parece que si fuera licito explicarme podria decir alguna cosa interesante sobre el particular. Si en Inglaterra llega á ocurrir una revolución será totalmente distinta de la francesa, porque atendiendo á razones, cuyo detalle seria demasiado largo, es de esperar que los partidos vendrían á parar en una guerra civil y no en una matanza sorda como en mi patria. Si la Inglaterra se libra de la suerte que le amenaza, tampoco será por demasiada prudencia ni justicia en el gobierno. Por lo demas la idea de J. J. acerca de que su discípulo aprendiera un oficio no es mas que

* Así debia ser porque en Inglaterra existia una aristocracia llena de poder, en tanto que en Francia habia esta clase perdido enteramente su prestigio. No solo se salvara la alta nobleza de Inglaterra mediante la justicia y la prudencia que les recomiendo, sino mejor aun poniéndose al frente de los siglos, y dando dirección como siempre lo han hecho á las sucesivas ideas. Así es que no habiendo nunca esas clases quedado atrás de las inferiores, conservan todos sus derechos y su natural superioridad. También es preciso advertir que en Inglaterra no hay, excepto en las grandes ciudades, pueblo que se pueda llamar tal, pues todo está reducido á clientes y patronos como en la antigua Roma. Esto es causa de que casi sea imposible una revolución popular. Cuando los proletarios ó jornaleros se sublevaran, los propietarios toman las armas: algunos de los revoltosos pierden la vida y todo vuelve á su curso normal. (N. ED.)

Por fin Emilio llega á la edad de la razón, en la que va á revelársele la existencia de Dios. Un filósofo sensible sube una mañana á la cumbre de una alta colina, á cuyo pié pasa el Po. en tanto que el sol naciente proyecta la sombra de los árboles en el valle. Despues de algunos instantes de meditacion y recogimiento, inspirados por aquel magnífico espectáculo, y por la idea que despierta acerca de la Divinidad, demuestra el vicario saboyano la existencia del gran Ser no con silogismos metafóricos, sino valiéndose de las sensaciones que abundan en su corazón. Un dios justo, benéfico y lleno de amor á los hombres, es el único Dios que reconoce Emilio. Confiesa que en los evangelios se encuentra una moral tierna y sublime, pero no ve en ellos mas que la mano del hombre. (a)

También el amor ejerce sus derechos en el corazón del discípulo de Juan Jacobo; pero ha de ser inspirado por una mujer tal, cual su imaginación enamorada de la virtud se complace en pintar. Al fin la encuentra en un retirado asilo. La modestia, la gracia y la hermosura brillan en la frente de Sofía. Emilio arde por ella, pero no puede alcanzarla. Su amigo le arranca de la embriaguez para hacerle recorrer la Europa. La pasión del jóven enamorado resiste al tiempo y á la ausencia; regresa, contrae himeneo con su querida, y es feliz (b).

¿Cómo! ¿Solo á eso se reduce el *Emilio*? A eso solo; pero hay que advertir que Emilio es tan superior á los hombres de su siglo, como los primeros romanos lo fueron respecto de nosotros. ¿Qué digo? Emilio seria el hombre por excelencia, porque es el hombre de la naturaleza. Su corazón no conoceria preocupaciones. Libre, valeroso, benéfico, teniendo todas las virtudes sin haberse gastado en esfuerzos para conseguirlas, no tiene mas defecto que el de hallarse aislado en el mundo, el tener que vivir como un gigante en nuestras mezquinas sociedades.

Tal es la famosa obra que precipitó los pasos de la revolución francesa. Su principal defecto consiste en haber sido escrita no mas que para un reducido número de lectores. Alguna vez he visto el *Emilio* en manos de ciertas mujeres, y me ha causado risa el ver que buscaban en esa obra reglas para la educación de sus hijos. Ese libro no es un libro práctico: seria imposible educar á un jóven bajo un sistema que exige el concurso de otras personas adornadas de virtudes cual no es posible encontrar; pero á los ojos de la sabiduría, ese escrito de Rousseau es como un tesoro. Tal vez no habra en el mundo mas que cinco obras dignas de ser leídas, y el *Emilio* es una de ellas (c).

Incurriria por mi parte en una omisión imperdonable, si concluyera este capítulo sin hablar de la influencia que el *Emilio* ha ejercido en el siglo actual. Me atrevo á asegurar, que causó una revolución completa en la Europa moderna, y que constituye época en la historia de los pueblos. Desde que salió á luz esta obra, se alteró completamente el sistema de educación en Francia, y sabido es, que alterar la educación, es alterar la índole de los hombres. ¿Cuál debió ser el asombro de las naciones cuando Rousseau saliendo del oscuro círculo de las opiniones comunes

lo que contestaba Neron á los que criticaban el ardor con que se dedicaba á la música, en cuyo caso solia repetir la célebre frase griega: «Un artista vive en todas partes» Es singular por cierto que el pensamiento de un filósofo haya sido en este particular formulado por las palabras de un tirano.

(a) Esto es lo que yo en mi juicio general califico con el nombre de Sermón sociniano. (N. ED.)

(b) Rousseau ha prodigado menos gracias á la esposa en el retrato de Sofía, que á la querida en la semblanza de Julia la índole de su talento se acomodaba mas al ardor de un enlace ilegítimo que á la castidad del vínculo nupcial. (N. ED.)

(c) Eso es risible por lo muy exagerado. Vuelvo otra vez á remitir al lector á mis notas anteriores.

vió mas allá de ese término la luz de la verdad; cuando derribando el edificio de nuestras ideas sociales demostró que nuestros principios y hasta nuestros sentimientos dependian de costumbres convencionales contraidas en el seno de nuestras madres, y que por consiguiente ni nuestros mejores libros, ni nuestras mejores instituciones no habian puesto de relieve la criatura de Dios, y que viviamos como en una especie de mundo imaginario! Grande, vuelvo á repetirlo, debió ser el asombro cuando aquel filósofo lanzó en medio de sus degenerados ciudadanos el hombre virgen de la naturaleza (d).

No me es posible hacer esas reflexiones sin experimentar una sensación de dolor. La profesión de fe del *Vicario Saboyano*, y los principios morales y políticos de esta obra, son el ariete que ha derribado el edificio de los gobiernos actuales de Europa, y particularmente el de Francia (e), del cual no existen ya mas que ruinas. De esto se deduce, que la verdad no es provechosa á los hombres malos; que debe permanecer sepultada en el seno del sabio, como la esperanza en el fondo de la caja de Pandora. Si yo hubiera vivido en tiempo de J. J., habria tenido un placer en ser discípulo suyo; pero hubiera aconsejado á mi maestro que guardara el secreto. En el fondo del sistema de misterios adoptado por Pitágoras y los antiguos sacerdotes del Oriente, hay mas filosofía que lo que vulgarmente se piensa.

CAPITULO XXVII.

COSTUMBRES COMPARADAS DE LOS FILÓSOFOS ANTIGUOS Y DE LOS MODERNOS.

Si por sus opiniones han ejercido los filósofos antiguos y modernos una misma influencia sobre su siglo, no puede sin embargo decirse que sus pasiones ni sus costumbres han sido idénticas.

Nadie habrá que no haya oido hablar del tonel de Diógenes. Menedo de Lampsaco se presentaba en público con una túnica negra, y un sombrero de corteza de árbol, en el cual se veian grabados los doce signos del zodiaco: su larga barba bajaba hasta la cintura, y al mover sus piés calzados con el coturno trágico, se apoyaba en un garrote de fresno. Pretendia ser un espíritu evocado del infierno para predicar sabiduría á los hombres (1).

Habiendo caido Anaxarco, maestro de Pirron en un barranco, se negó terminantemente su discípulo á sacarlo, diciendo que toda cosa era indiferente en sí misma, y que lo mismo era vivir en un hoyo que en la superficie de la tierra (2).

Cuando Zenon andaba por la calle, sus amigos temian que acompañarle, temerosos de que no se tomara la pena de evitar el choque de algun carruaje, ó de alguna caballería, pues en concepto de aquel filósofo no se debia dar un paso para evitar la fatalidad (3).

Demócrito se encerraba en las tumbas para dedi-

(d) No es un hombre virgen lo que J. J. lanzó en medio de sus conciudadanos, sino un hombre imaginario fuera de relacion con todo lo que existia. Su *Emilio* no es mas que el sueño de un sistema, la herchura de un sofista, el ente ficticio que nada tuvo de realidad sino la hoz con que se presentó armado.

(e) En este pasaje no he podido menos de hacer justicia á los hecnos; pero es tal mi afecto á Rousseau que me cuesta trabajo considerarlo como culpable, siéndome mas grato decir que han abusado de sus principios que me obstino en considerar como buenos, aun cuando me veo obligado á confesar el daño que han causado; preferiria condenar á todo el género humano antes que á Rousseau. ¡Qué fatuidad! (N. ED.)

(1) SUID.; ATHEN., lib. IV, pág. 162.

(2) LAERT., lib. in Pyrrhon.

(3) Id., lib. VII.

carse al estudio (1), y Heráclito hacía la yerba de los campos (2).

Queriendo Empedocles pasar por una divinidad, se arrojó al Etna; mas habiendo el volcán lanzado las sandalias de cobre del impío (3), quedó patentizada la supetchería. Muy ingeniosa es esta fábula de los griegos. ¿No querrá decir que los dioses saben castigar el orgullo del filósofo insensato revelando á la humanidad las partes más viles y vergonzosas de su carácter (a).

Más comedidos fueron por lo menos nuestros filósofos modernos. Ciertamente es, que Espinosa vivía en medio de sus perros, sus pájaros y sus gatos; cierto es, que J. J. vestía el traje armenio (b); pero ninguno de ellos iba por las plazuelas á predicar sabiduría á la canalla reunida, y dudo que nuestro populacho hubiera dejado en paz dentro de un tonel al que hubiese tenido la manía de no tener otra habitación; tan diferentes son nuestras costumbres de las de los antiguos!

No se pierda empero de vista, que si los sofistas de Grecia hicieron gala de tan extravagante modo de vivir, se diferenciaron asimismo de los modernos por la castidad y pureza de sus costumbres (c). Todos se dedicaron á las ocupaciones comunes de los ciudadanos, y como el último de estos soportaron trabajos en obsequio de la patria. Solon, Sócrates, Carondas y otros mil, además de ser filósofos, se distinguieron como guerreros. La frugalidad, el desprecio con que miraban los placeres, y todas las virtudes morales brillaban en su carácter.

Conduciéndose de muy diverso modo nuestros filósofos modernos, escribían sin salir de su gabinete libros sobre la guerra donde nunca habían estado; sobre el gobierno sin haber nunca tenido la menor parte en él; sobre el hombre en su estado natural, sin haberlo visto ni estudiado más que tal vez en algun teatro, y después de haber escrito rigurosas máximas contra el lujo, contra la corrupción de la época, y contra el despotismo de los magnates, iban luego á adular á los poderosos en los círculos sociales, á sobornar la esposa del vecino, y á participar de todos los vicios del mundo.

Viejo loco, viejo bribón, «decía Diderot apostrofándose á sí mismo, á la edad de 72 años, y hallándose enamorado de todas las mujeres» ¿cuando cesarás de exponerte á la vergüenza de una negativa ó á la de hacer un papel ridículo? (4)

«Vuestro paraíso, decía madama de Rochefort á Ducloux, puede componerse de pan, de vino, de queso y de la primera mujer que se os presente á la vista (5).»

Helvecio, que por otra parte era un buen sugeto y hombre honrado (es preciso volver á dar á esta palabra ya gastada su primitivo valor), hacia que su ayuda de cámara le llevara todas las noches una nueva mesalina que el diligente criado se esforzaba por encontrar entre las honradas clases del pueblo. Según dicen, ni madama de... pudo librarse de las caricias del viejo de Ferney, cuya inmoralidad es además de esto bien conocida (6) (d).

(1) *Id.*, lib. IX., in *Demet.*

(2) *Id.*, *ibid.*, in *Heract.*

(3) *Id.*, lib. VIII.; LUCIAN.; ESTRAB., lib. VI.; HORAT. *Ars Poet.*

(a) No cabe duda de que en esta obra me manifiesto muy apasionado á la libertad y muy poco á los filósofos de los cuales no dejo de burlarme bastante tal vez en este pasaje. (N. ED.)

(b) J. J. llevaba ese traje por necesidad; pero bien hubiera podido en mi concepto elegir otro, menos notable. (N. ED.)

(c) No Diógenes por lo menos. (N. ED.)

(4) CHARAF., *Pens.*, Máx.

(5) *Id.* *ibid.*

(6) No hago mención de las inmundas novelas debidas á la pluma de la mayor parte de los filósofos.

(d) Puesto que tengo valor para escribir una página se-

He oído á Chamfort referir una curiosa anécdota acerca de J. J. Decía haber visto cartas del filósofo ginebrino á una mujer, en las que empleaba toda la seducción de su elocuencia para probar que el adulterio no es un crimen. Deseáis descifrar el misterio de esas cartas, decía Chamfort, pues no es más sino que el defensor de las buenas costumbres estaba enamorado.

Por último, nadie ignora que las manos del gran canciller Bacon no eran muy puras; que Hobbes aquel filósofo tan audaz en sus escritos, no pudo resignarse á morir (7), ni que exceptuando Fenelon y Catinat, los filósofos de nuestros días (e) se diferenciaron completamente de los antiguos sabios de la Grecia por lo tocante á las costumbres.

¿No quiera Dios que sea yo quien rebele las torpezas de aquellos hombres eminentes (8), por efecto de una malignidad ajena de mi corazón! A pesar de tantas debilidades, todavía los considero como los hombres más honrados de nuestro siglo; ninguno de los que criticamos su conducta valemos en el fondo del corazón la mitad de lo que valió cada uno de ellos; pero contra mi natural inclinación me he visto obligado á poner de relieve estas diferencias porque de ellas espero deducir verdades esencialmente útiles al objeto de este *Ensayo*.

Resulta, pues, de cuanto acabamos de decir que los antiguos viviendo más íntimamente en el mundo, y según el mundo han debido pintar más á lo vivo la sociedad y conocer mejor las pasiones y los resortes de estas, y que por lo tanto sus escritos, como más calcados en el espíritu del siglo, han debido ejercer una influencia más enérgica sobre sus contemporáneos que los libros de Platon y Aristóteles. Así es que efectivamente vemos que han trascendido entre la ruina de las costumbres en Francia y el reinado de los Enciclopedistas (f), menos años que los que mediaron en Grecia desde la destrucción de los principios y el triunfo de los sofistas. Pero unos y otros consiguieron trastornar del todo las leyes y opiniones de sus respectivos países. El lector puede ahora fijar su mente

mejante tengo que decir que los hechos que en ella se mencionan quedan aun muy atrás de la verdad. Todas las memorias publicadas después de la aparición de esta obra nos demuestran que los filósofos del siglo XVIII fueron altamente miserables por sus costumbres. Pueden verse esos escandalosos detalles en los escritos de Grimm, de madama d'Epina, de los secretarios de Voltaire etc. Las costumbres de nuestros reformadores literarios nada tenían que echar en cara á las de los cortesanos contra quienes declamaban con tanto ahínco, ni en las Memorias de Besenval y de Lausun se encuentra nada más inmoral que lo que acabo de citar. La sociedad estaba en completa disolución: nada tenían que envidiar en cuanto á costumbres los filósofos que suspiraban por la revolución, ni los cortesanos que la temían. (N. ED.)

(7) *HUMES Hist. of Engl.*, tom. VII., pág. 346; BAYLE, *Art. Hob.*

(e) ¿Qué extraña aberración me hizo remontar hasta Bacon, Fenelon y Catinat al hablar de los filósofos de nuestros días? (N. ED.)

(8) ¡Aquellos hombres eminentes! Me referiré sin duda á Diderot y d'Alamber? Protesto contra mi humildad y creo valer tanto como cualquiera de los hombres más honrados de nuestro siglo. (N. ED.)

(f) No me he reconciliado con los filósofos del siglo XVIII y hago muy bien de tratarlos como los trato en esta obra. No puedo sufrir hombres que se imaginen dar libertad á un pueblo, ahorcando el último rey con los intestinos del último sacerdote, y que para el triunfo de las luces quieren sustituir la lectura de alguna asquerosa novela á la del Evangelio. Veo con placer que semejantes hombres van diariamente desacreditándose en concepto de la juventud y creo que esto será un bien para el porvenir. La incredulidad no pasa ya por prueba de energía de ánimo, ni de independencia de carácter. La superstición desagrada, la hipocresía es mirada con horror; pero el siglo rechaza simultáneamente las torpezas irreligiosas y el fanatismo filosófico. Se trata ya á la libertad, con el decoro debido sin exigir que sea una impía ó una prostituta. (N. ED.)

en la investigación de la influencia de los filósofos griegos sobre su siglo, y la de los modernos sobre el nuestro.

CAPITULO XXVIII.

INFLUENCIA DE LOS FILÓSOFOS GRIEGOS DEL TIEMPO DE ALEJANDRO SOBRE SU SIGLO, Y DE LOS MODERNOS SOBRE EL NUESTRO.

Mucho interés ofrecería la cuestión de saber de qué manera influye la filosofía en el corazón humano; si produce más bienes que males, ó por el contrario no hace más que aumentar nuestras naturales miserias; indagar cómo promueve las revoluciones y en qué sentido las determina, y por último demostrar hasta qué punto podría ser feliz un pueblo que no se gobernara sino con arreglo á los sistemas filosóficos.

Pero no abrazaremos esa cuestión en tola su latitud, porque nos obligaría á salir del límite de nuestro propósito, y por lo tanto solo consideraremos la filosofía bajo el punto de vista de la influencia que ejerció en Francia y Grecia, limitándonos á la política y á la religión. Un ensayo no es más que un libro que encierra el germen de otros libros, y su bondad depende del mayor número de embriones de obras que lleva consigo. Por otra parte, es tan vasto el asunto de que trato, y mis talentos son tan limitados que forzosamente he de procurar circunscribirme: además el tiempo no se precipita, y yo principio á sentirme cansado.

CAPITULO XXIX.

INFLUENCIA POLÍTICA.

Considerable es la influencia que se nota entre la edad filosófica de Alejandro y la nuestra, examinadas por el lado de su influencia política. Los diversos escritos que acerca del gobierno circularon por Grecia en aquella época, dieron la señal de una revolución completa en las constituciones de los pueblos. El Oriente cambió sus instituciones despóticas en monarquías más templadas, en tanto que las repúblicas griegas volvieron á ponerse bajo el yugo de los tiranos.

Los escritos de nuestros publicistas modernos han producido por el contrario una revolución diametralmente opuesta. Sobre las ruinas de los tronos se han erigido Estados democráticos, y esta diferencia se deriva precisamente de una posición relativa diversa en aquellos y estos tiempos.

Cuando Platon y Aristóteles dieron á luz sus *Repúblicas*, estaba todavía gobernada la Grecia por esa forma de gobierno. El discípulo de Sócrates y el Estagirita nada de nuevo enseñaron á los pueblos. ¿No tenían estos las leyes de los Solones y Licurgos? Aquí tenemos que penetrar en los repliegues del corazón humano. ¿Cuál fue la clase de gobierno que los filósofos legistas de Atenas proclamaron como mejor en sus escritos? La monarquía. ¿Por qué? Porque les eran ya notorios los inconvenientes del gobierno popular; pero no, será mejor decir que no clamaron por la monarquía sino porque tenían república. El estado en que vivimos siempre nos parece el peor, y mil pequeñas rastreras pasiones que no nos atrevemos á confesar, nos hacen criticar ó aborrecer continuamente las instituciones de nuestra patria. Si descendieramos más á menudo al fondo de nuestra conciencia para analizar las vehementes pasiones de patriotismo y de libertad que nos fascinan, tal vez llegaríamos á descubrir nuestra propia supetchería. Al tocarlas con el anillo de la verdad veríamos acaso á esas hechiceras perder, repentinamente, como la Maga de que habla el Ariosto, sus prestados encantos y aparecer bajo la forma natural y repugnante del interés, del orgullo y

de la envidia (a). Esa es la clave de las revoluciones. Los escritos de aquellos célebres varones debieron influir poderosamente en la opinión de los que hallándose al frente de los Estados tenían mucho poder para alterar sus formas. En vano clamó Demóstenes contra Filipo: á pesar de sus invectivas hubo muchas personas en Atenas que creyeron que su gobierno no sería tan malo como lo pintaba aquel orador. Sus preocupaciones contra los reyes se habían ido mitigando por la lectura de las obras políticas, hasta el punto de someterse de allí á breve tiempo la Grecia casi espontáneamente á la autoridad real.

Pero Juan Jacobo, Mably y Raynal, encontraron al hacer resonar la trompeta republicana á la Europa dormida á la sombra de los tronos.

Fijáronse los ojos del pueblo al despertarse en libros que no predicaban más que cambios é innovaciones, y la mente se vió arrastrada por un torbellino de nuevas ideas. La relajación de costumbres, el entusiasmo por la novedad, la envidia de los pequeños y la corrupción de los grandes, el recuerdo de las arbitrariedades de la monarquía, y sobre todo el furor de sistemas que había cundido hasta en los mismos que rodeaban el trono, contribuyeron poderosamente á dar acción á la influencia del partido filosófico é hicieron que la Francia se precipitara en una revolución republicana. Pues, por el mismo motivo que los publicistas griegos encomiaron el gobierno monárquico, celebraron (b) los publicistas franceses la constitución democrática.

De manera que la influencia política de los filósofos del tiempo de Alejandro y la de los de nuestro siglo, han obrado en el sentido más contrario produciendo, allí la monarquía, y aquí la república; pero debemos proceder con pulso al admitir esas verdades.

Distínguese Francia actualmente por las formas llamadas democráticas. ¿Las conservará mucho tiempo? Eso es lo que importaría saber (c). Si examinamos esta cuestión bajo el punto de vista de las costumbres, veremos que las del pueblo griego cuando ocurrió la revolución de Alejandro, estaban poco más ó menos en el mismo grado de corrupción que las de Francia al instituirse en república: luego si tales costumbres causaron en Atenas la esclavitud, ¿qué podrá prometerse de ellas la Francia aunque vayan autorizadas por un libro más ó menos importante de algun filósofo? ¿podrá creerse que las causas que mataron la libertad en Atenas la sostendrán en París (d)?

Pasemos á tratar de la influencia religiosa de los filósofos. No juzgo necesario advertir al lector que la religión y la política marchan tan de consuno que muchas de las cosas que he suprimido en este artículo y encontrará en el siguiente, pudieran tener algún notable lugar en el artículo que acabo de escribir.

CAPITULO XXX.

INFLUENCIA RELIGIOSA.

Sobre este particular ha sido absolutamente idéntica

(a) Esto es cierto tratándose de individuos en particular, pero no lo es habiéndose de naciones. (N. ED.)

(b) Eso es atribuir á una causa demasiado pequeña, efectos demasiado grandes; es decir que las revoluciones que han cambiado la faz del mundo no son hijas más que de un impulso de mal humor, ó de espíritu de contradicción, siendo así que por el contrario las causas reales de aquellas revoluciones provinieron del cambio que gradualmente se fue verificando en las creencias políticas y religiosas. (N. ED.)

(c) No tardó mucho en saberse: la democracia francesa engendró el despotismo militar y de este á su vez nació la monarquía constitucional, especie de gobierno que consiste en la oportuna alianza del orden que trae consigo el poder real y la libertad que produce el poder popular. (N. ED.)

(d) No deja de ser vicioso este modo de discuir por la insostenible y obstinada comparación entre el orden político y moral de los pueblos antiguos y el orden político y moral de los pueblos modernos. (N. ED.)

la influencia ejercida por los escritos de los filósofos griegos y latinos en sus respectivas épocas. Destruyeron el culto de la patria propalando el sistema de dudas y el ateísmo, y llevaron a cabo las dos mas violentas revoluciones que han dejado estampadas sus huellas en la historia. Igual causa, esto es, la alteración de los principios religiosos puede tambien asignarse en parte al derrocamiento del coloso romano. Consumaron esa alteración por medio de las sectas dogmáticas de Atenas, y sabido que ese mismo cambio de ideas religiosas en el pueblo, es lo que en nuestros dias ha producido los trastornos de Francia y renovará dentro de poco tiempo la faz de Europa. Voy á tratar de concentrar todas mis fuerzas para concluir este *Ensayo* con la explanación de un asunto de tamaño interés, y para conseguirlo es preciso presentar la historia del politeísmo y de la religion de Jesucristo. No fije en estas páginas los ojos quien se halle muy apegado á sus preocupaciones: no trate de leer las quien no tenga un corazón sincero y sencillo. Vamos á poner las manos en el velo que cubre al Santo de los Santos, y nuestras investigaciones exigen como condicion precisa la concentracion religiosa, la sublimidad de la filosofia y la pureza de la virtud (a).

CAPITULO XXXI.

HISTORIA DEL POLITEÍSMO, DESDE SU ORIGEN HASTA LA ÉPOCA DE SU MAS ALTO ESPLENDOR.

Hay un Dios. Bendícenlo las yerbas del valle y los cedros del Libano; el insecto murmura sus alabanzas, y el elefante lo saluda al nacer el nuevo dia; las aves celebran su gloria cantando entre el follaje, el viento repite su nombre al agitar los bosques; el rayo y el trueno son humildes señales de su omnipotencia, y el Océano anuncia su inmensidad: solo la ignorancia del hombre ha podido decir en su corazón: No hay Dios.

Quien tal haya podido decir ¿no habrá, pues, en medio de sus infortunios elevado los ojos al cielo? No se habrán nunca paseado sus miradas por aquellos estrechados espacios donde los mundos estan bacinados como las arenas en las playas de los mares? Por lo que á mi toca, he visto, y es muy suficiente; he visto el sol suspendido en las puertas del ocaso, envuelto en celajes de púrpura y oro, en tanto que la luna en el opuesto horizonte, se iba remontando como una lámpara en un oriente azul. Los dos astros confundian en el zenit sus tintas de albayalde y de carmin. El mar multiplicaba la escena del astro que aparecía en su oriente, con pabellones de diamantes, y la pompa del que llegaba á su ocaso brillaba en las olas teñidas de carmin. Las hondas tranquilas y suavemente encadenadas entre si, venian á espirar á mis piés sobre la playa, y los primeros silencios y los últimos rumores del dia luchaban en las colinas, en la orilla de las corrientes, en las selvas y en los valles (b).

Oh tú, á quien no conozco, cuyo nombre ignoro, cuya morada me es desconocida, invisible arquitecto de este universo, tú que me has dado un instinto para sentir tu existencia, y me has negado una razon para comprenderte, ¿será posible que no seas mas que un

(a) ¿No me parezco á un hombre que hallándose á punto de cometer una gran falta, procura justificarse haciéndola pasar por una accion meritoria? ¿Con qué derecho invocaria yo la religion, la filosofia y la virtud cuando con la mas temeraria mano iba á tratar de conmover las bases del órden social? Y sin embargo es cierto que en esas mismas páginas rechazo con horror el ateísmo y que en mis discursos, que si estan faltos de prudencia, no carecen de intencion, anuncio que la faz de la Europa se renovará dentro de poco tiempo. (N. ED.)

(b) En el *Genio del Cristianismo* he reproducido esas mismas imágenes y descripciones pero con mas pureza y corrección. (N. ED.)

ser imaginario, sueño dorado del infortunio? ¿Se disolverá mi alma así como el polvo de mi cuerpo? ¿Será la tumba un abismo sin salida, ó el pórtico de una nueva existencia? ¿No habrá colocado la naturaleza mas que por un efecto de cruel compasion, la esperanza de mejor vida en el corazón del hombre, al lado de las humanas miserias? Perdona mi debilidad, Padre de las misericordias; no, no dudo de tu existencia. Bien sea que me hayas destinado á una carrera inmortal, bien sea que todo esté reducido á pasar y á morir, adoro en silencio tus decretos, y tu insecto confiesa tu divinidad. (c)

Cuando el hombre salvaje, que andaba errante por los bosques, hubo satisfecho las primeras necesidades de la vida, sintió no sé que vaga necesidad en su corazón. El arroyo que se despeñaba, el susurro del viento, todos aquellos armoniosos sonidos que exhala la naturaleza y por los cuales podria uno imaginarse que oye brotar los gérmenes en el seno de la tierra, y crecer y desarrollarse las hojas de los árboles, le pareció que dependian de aquella necesidad misteriosa, de aquella causa oculta. La casualidad enlazó esos efectos locales con algunas circunstancias adversas ó favorables de sus cacerías: chocáronle tambien al mismo tiempo las situaciones relativas de un objeto ó de un color, y de aquí nacieron el *Manitú* del habitante del Canadá y el *Fetiché* del Negro, primitivo elemento de todas las religiones.

Una vez establecida esta base del culto, surgieron de tropel todas las supersticiones humanas. No tardaron los afectos del corazón en ser simbolizados bajo la forma de los mas amables de los dioses: el salvaje al elevar el monte de la tumba á su amigo, y la madre al entregar á la tierra el cadáver de su niño, vinieron anualmente al caer las hojas del otoño, el primero á humedecer con sus lágrimas, y la segunda á derramar leche de su seno sobre el sagrado césped. Ambos creyeron que lo que tanto habian amado no podia ser insensible á sus recuerdos: no pudieron concebir, que aquellos seres ausentes tan echados de menos, y tan vivos continuamente en su imaginación, hubiesen dejado de existir de un modo absoluto, ni que alguna vez no vieran á reunirse con aquella otra mitad de su alma, á quien tan amargas lágrimas costaban. Sin duda la Amistad deshecha en llanto sobre una tumba, fue la que imaginó el dogma de la inmortalidad (d) del alma y la religion de los sepulcros.

En tanto el hombre, saliendo del fondo de los bosques, se asoció á sus semejantes. Algunos individuos laboriosos favorecidos por incidentes casuales, inventaron los primeros rudimentos de las artes, y la gratitud pública los elevó al rango de dioses. Sus nombres, al pasar por las diversas tribus, fueron perdiendo su primitivo sonido hasta quedar completamente alterados en la pronunciación de idiomas extranjeros. Ases que el Thot de los fenicios, es el mismo que el Heri

(c) Al principio de este párrafo dudo de la existencia de Dios, á los pocos renglones se disipa la duda y por último me conformo en tener ó no tener un alma, para manifestarme sumiso á los decretos de la Divinidad. Mi respeto á Dios raya tan alto que consiento en hacerme materialista. ¡Qué excelente deista! ¡Qué lógico y concluyente es todo en esa filosofia de colegio!

Nada tengo que decir mas sobre este particular sino que hace ya tiempo que refuté estos errores y que para oponerme á esta última parte del *Ensayo* escribí el *Genio del Cristianismo*. (N. ED.)

(d) He aquí poco mas ó menos el mismo texto purificado de su filosofismo. «Tristes serian los últimos deberes que se tributan á los hombres si estuvieran despojados de los signos de la religion. La religion ha debido nacer entre tumbas, pues estas no pueden pasar sin ella: es hermoso que el grito de esperanza se eleve del fondo del sepulcro y que el sacerdote del Dios vivo esculte hasta el monumento lúmbre la ceñiza del hombre; pues al verlo podria decirse que es la inmortalidad que marcha al frente de la muerte.» (*Genio del Crist.*, part. IV. lib. II, cap. 1.º) (N. ED.)

mes de los egipcios, y el Mercurio de los griegos. (1) Los legisladores famosos por su sabiduría, y los guerreros coronados por la victoria, Júpiter, Minos y Marte, se remontaron al Olimpo. Las artes sociales desarrollaron nuevas pasiones, dando lugar á que cada cual deificara sus propias debilidades, sus virtudes ó vicios: el voluptuoso erigió altares á Venus; el filósofo, á Minerva; y el tético tirano sacrificó á las deidades infernales (2). Por otra parte, algunos ingenios favorecidos del cielo, algunas almas sensibles á los encantos de la naturaleza, como un Orfeo, un Homero, aumentaron el número de los habitantes de las celestiales moradas. Sus pinceles transformaron los incidentes de la naturaleza en espíritus celestes: en el límpido cristal de las fuentes, se imaginaron ver una Driada: las Floras, las del vuelo rápido, abrieron las puertas del dia; la Aurora teñió de carmin sus dedos y recogió sus lágrimas (perlas) en las hojas de las flores humedecidas por la frescura de la mañana. Apolo subió á su carro de fuego, el Zéfiro al verlo se refugió en los bosques; Tetis volvió á entrar en sus húmedos palacios (3), y Venus, tan amiga de la sombra y del misterio, se retiró en brazos del gallardo cazador, Adonis (4) y con las gracias al fondo de las florestas.

No faltaron hombres astutos que echando de ver esa tendencia de la naturaleza humana á la superstición la explotaron en provecho suyo. Instituyéronse sectas sacerdotales, que se creyeron altamente interesadas en extender mas y mas el velo del error. Los filósofos aprovecharon esas ideas del pueblo para santificar las buenas leyes con el sello de la religion (5); y el politeísmo, consagrado por el tiempo, embellecido con el encanto de la poesía y la pompa de las solemnidades, favorecido por las pasiones del corazón y la astucia de los sacerdotes, llegó en tiempo de Aristides y Temístocles á su mas alto grado de influencia y solidez.

CAPITULO XXXII.

DECADENCIA DEL POLITEÍSMO ENTRE LOS GRIEGOS, OCA-SIONADA POR LAS SECTAS FILOSÓFICAS Y OTRAS VARIAS CAUSAS.

Pero en tanto que el politeísmo veía multiplicarse sus templos, se habia ido desarrollando un elemento de destruccion que germinaba en su propio seno. Los discípulos de Tales y Pitágoras iban siendo cada vez mas numerosos. Los estragos de la peste, y las calamidades de la guerra del Peloponeso, habian insensiblemente contribuido á la relajacion de los vínculos sociales. Por último, la filosofia, que durante mucho tiempo habia andado ocultándose entre las sombras, apareció sin misterios á la luz del dia. Platon, Aristóteles, Zenon, Epicuro y otros mil, enarbolaron el estandarte contra la supersticion religiosa de su país, y levantaron las aras del materialismo y ateísmo. Es de suponer que el lector no habrá echado en olvido los sistemas de estos filósofos. ¿Qué cosa podia haber mas opuesta que dichos sistemas á las opiniones que entónces dominaban acerca de la naturaleza de los dioses? ¿No conmovieron hasta en su base el edificio religioso de la Grecia? ¿Y á qué fin hicieron alarde de tanto frenesí contra el culto de su patria? ¿Valian mas por ventura los átomos, un mundo de ideas y el *encadenamiento de los seres*, que un Júpiter que daba castigo al crimen, y remuneración á la virtud? ¿Qué limitada, qué nula es la filosofia, de semejantes sistemas!

Los poetas imitando á los sofistas se atrevieron á

(1) SANCONIATON, apud EUSEB.

(2) APOLLONIUS etc.

(3) HOW., *Iliad.*; HEROD., *Theog. Poés.* etc.

(4) BION., apud RET. MINOR. EPRÆ.

(5) PHUCYD., PLUT., HERODOT., etc.

presentar en el teatro principios metafísicos (6). Los sacerdotes y los magistrados hicieron algunos esfuerzos para detener el torrente: obligaron á los autores dramáticos á retractarse: muchos filósofos pagaron su temeridad con el destierro y algunos hasta con la última pena (7). Mas no hubo remedio: sus prosélitos llegaron á ser tan numerosos que pudieron burlarse de toda persecucion. Otro tanto ha sucedido exactamente entre nosotros, y en ambos casos se ha consumado una total revolucion: siempre que se altera la religion de un Estado debe necesariamente suceder lo mismo respecto de la institucion política (a). Vemos por el ejemplo de la Grecia hasta qué punto puede el espíritu sistemático ser perjudicial á los hombres: no podian los sectarios de aquellos filósofos valerse, así como los nuestros, del pretexto de las malas instituciones políticas de su país, puesto que aun estaban en su vigor las leyes de los Solones y Licurgos; mas no por eso levantaron mano de la empresa hasta dar al traste con el edificio social. Nunca faltan hombres que á toda costa se empeñan en causar mucho estrépito. Al autor de un sistema le importa muy poco el daño que pueda causar con tal que espere conseguir alguna celebridad. A trueque de no pasar por tontos no les importa el parecer malvados (b).

Los cambios políticos y morales atacaron tambien simultáneamente á los principios fundamentales del politeísmo. Habiendo quedado ya los pueblos sometidos á sus nuevos señores no tuvieron un interés nacional en ir á consultar á Delfos. ¿Qué podia importarles que el oráculo dijera que Alejandro, Antipater, Demetrio, ú otro tirano seria el que habia de gobernarles? Por su parte los tiranos confiando en sus propias fuerzas y conociendo la corrupcion de aquellos pueblos no se tomaban tampoco la molestia de enviar ricos presentes al oráculo, y por último echando de ver que ya no les era necesaria la supersticion, se desprendieron de ella y abrazaron el filosofismo. De manera que el antiguo culto de la patria fue debilitándose cada vez mas, y mas, y llegó á no tener mas sosten que la solemnidad, y aparato exterior de las festividades: á proporcion que el ardor religioso se iba entibiando quedaba mas sensiblemente puesta en evidencia su absurda doctrina. La ambigüedad de la respuesta de un oráculo no daba ya como en otro tiempo testimonio de la magestad del Dios que la habia dictado, sino de la supercheria del sacerdote: el pueblo se reía cuando las circunstancias desmentian la verdad de la predicción del oráculo, y finalmente la explicacion de los fenómenos de la naturaleza por medio de las ciencias exactas

(6) EURIPID., ARISTOPH.

(7) JENOFONTE., *Historia de la Grec.*, PLUT., *Mor.*; PLAT., *in Phæd.*; LAERT.; etc.

(a) Eso es muy cierto, y por ahí puede verse como yo lo predije mucho antes de los escritores que de la alianza de la religion y la política han tratado de hacer un argumento para atacar nuestra forma actual de gobierno. Los tales escritores han invertido el axioma diciendo: Cuando la constitucion de un Estado cambia, sucede tambien necesariamente lo mismo respecto de la religion; de manera que por habérsenos dado una monarquia constitucional no habrá mas remedio que venir á ser protestantes: este es un axioma tan absurdo lógicamente hablando, como falso en el terreno de la historia. (N. ED.)

(b) Nada puede haber mas extraño que la intencion que me animaba al referir todo esto. Por una parte aceptaba en algun modo las opiniones de los filósofos contra los cuales voy declamando, y al paso que adoptaba interiormente sus doctrinas filosóficas, me indignaba exteriormente de la aplicacion que de ellas hicieron. ¿Qué será pues lo que yo queria? ¿Que hubieran los filósofos sido hipócritas é impíos á un mismo tiempo? Creo que no, y sin embargo esa seria la única consecuencia que podria inferirse de mi amor á sus doctrinas, y mi odio á sus personas. La realidad es que yo en aquel tiempo no era mas que un aprendiz de sofista, cuyas ideas y sentimientos opuestos entre si producian esas miserables incoherencias. (N. ED.)